

cesa parta una excitacion grave, séria, potente, á ese noble Papa y á esa noble nacion; una excitacion á los Príncipes inteligentes que siguen al sacerdote inspirado, y un desaliento para los demás, si es posible. (*Agitacion.*)

No lo olvidemos, no lo olvidemos nunca; la civilizacion del mundo tiene una abuela que se llama Grecia, una madre que se llama Italia, y una hija primogénita que se llama Francia. Esto nos indica á nosotros, Cámaras francesas, nuestro derecho, que es muy semejante á nuestro deber.

Señores, en otros tiempos tendimos la mano á Grecia; tendámosla hoy á la Italia. (*Movimientos diversos.*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

TALLERES NACIONALES ⁽¹⁾

20 Junio 1848.

SEÑORES:

No subo á esta tribuna para aumentar la pasion en los debates que os agitan, ni la amargura en las diferencias que os dividen. En un momento en que todo son dificultades, en que todo pueden ser peligros, me ruborizaría si voluntariamente pusiese obstáculos al Gobierno de mi país. Presenciamos una solemne y decisiva prueba; vergüenza tendría de mí mismo si pudiese caber en mi pensamiento la idea de turbar con intrigas, en la hora tan difícil de su establecimiento, esa majestuosa forma so-

(1) Este discurso abrió la discusion sobre el siguiente decreto, que fué aprobado por la Asamblea:

•Artículo 1.º Se considera urgente la concesion de tres millones, pedida por el ministro de Obras públicas, para los talleres nacionales.

•Art. 2.º Cada nuevã concesion que se haga con el mismo objeto, no podrá exceder de un millon.

•Art. 3.º Los poderes de la Comision encargada del exámen del presente decreto, continuarán hasta que se acuerde lo contrario por la Asamblea.

cial, la República, que nuestros antepasados vieron grande y terrible en el pasado, y que nosotros todos queremos ver grande y benéfica en el porvenir. Procuraré, pues, en lo poco que acerca de los talleres nacionales tengo que decir, no perder de vista esta gran verdad: que en la época grave y delicada que atravesamos, si es necesaria la firmeza en los actos, necesario es también espíritu de conciliación en las palabras.

La cuestión de los talleres nacionales ha sido ya tratada en diferentes ocasiones ante vosotros con notable elevación de ideas y conocimientos. No volveré sobre lo que ya se ha dicho. Me abstendré de las cifras que todos conocéis. En mi opinión, lo declaro francamente, la creación de los talleres nacionales ha podido ser, ha sido una necesidad, pero la misión de los verdaderos hombres de Estado es sacar partido de las necesidades y convertir algunas veces las fatalidades mismas de una situación en medios de gobierno. Me veo obligado á declarar que no se ha sacado buen partido de la necesidad presente.

Lo que en primer término llama mi atención, lo que llama la atención de todo hombre de buen sentido en la institución de los talleres nacionales, tal como se ha llevado á cabo, es una fuerza enorme gastada en pura pérdida. Yo sé que el señor ministro de Obras públicas anuncia medidas; pero hasta que la realización de esas medidas haya empezado seriamente, nos vemos obligados á hablar de lo que sucede, de lo que amenaza suceder tal vez por mu-

cho tiempo todavía; y en todo caso, nuestro examen tiene derecho á remontarse á los hechos consumados, á fin de impedir, si es posible, los hechos por consumir.

Sí, lo que hasta hoy se ve más claro en los talleres nacionales, es una enorme fuerza gastada en pura pérdida. ¡Y en qué momento! En el momento en que la nación, aniquilada, tiene necesidad de todos sus recursos; del recurso de los brazos tanto como del recurso de los capitales ¿Qué han producido los talleres nacionales en cuatro meses? Nada.

No quiero entrar en la nomenclatura de los trabajos que era urgente emprender, que reclamaba el país, y que están presentes en vuestras imaginaciones, pero examinad esto. Por un lado, una inmensa cantidad de trabajos posibles; por otro, una inmensa cantidad de trabajadores disponibles. ¿Y el resultado? ¡Nada!

¿Nada? Me equivoco; el resultado no ha sido nulo; ha sido contraproducente, doblemente contraproducente bajo el punto de vista económico y bajo el punto de vista político.

Sin embargo, mi severidad admite temperamentos; no llego hasta donde van aquellos que dicen con un rigor muy parecido á la cólera para que pueda ser justo: «Los talleres nacionales son un fatal expediente. Habeis bastardeado los fuertes hijos del trabajo; habeis quitado á una parte del pueblo su amor al trabajo, amor saludable que contiene en sí la dignidad, el orgullo, el respeto de sí mismo y la salud de la conciencia. Habeis enseña-

do el vergonzoso poder de la mano extendida á aquellos que no conocían hasta ahora más que la generosa fuerza del brazo que trabaja; habeis hecho perder á las espaldas la costumbre de sostener el glorioso peso del trabajo honrado, y habeis acostumbrado á las conciencias á soportar la humillante carga de la limosna. Conocíamos ya la ociosidad de la opulencia; vosotros habeis creado la ociosidad de la miseria, cien veces más peligrosa para sí mismo y para los demás. La Monarquía tenía los ociosos, la República tendrá los holgazanes.» (*Señales de asentimiento.*)

No usaré yo literalmente este rudo y áspero lenguaje; yo no voy tan léjos. No, el glorioso pueblo de Julio y de Febrero no se bastardeará. Esa holgazanería, fatal á la civilización, es posible en Turquía, pero no en Francia. París no copiará á Nápoles; nunca, nunca imitará París á Constantinopla; jamás, aún cuando se quisiera, se conseguiría hacer de nuestros dignos é inteligentes obreros, que leen, que piensan, que hablan y que escuchan, *lazzaronés* en tiempo de paz, y *jenízaros* para el combate. ¡Jamás! (*Sensación.*)

Esas palabras: *aún cuando se quisiera*, que acabo de pronunciar, se me han escapado. No quisiera que viéseis en ellas una segunda idea ni una acusación insidiosa. El día en que crea deber acusar, acusaré, no insinuaré. No, no creo, no puedo creer, y lo digo con toda sinceridad, que haya podido germinar en la cabeza de nadie, y mucho ménos todavía en la de uno ó de muchos de nuestros gobernantes, la

monstruosa idea de convertir al obrero parisien en un *condottiere*, y crear en la ciudad más civilizada del mundo, con los admirables elementos de que se compone la población obrera, pretorianos del tumulto al servicio de la dictadura. (*Movimiento prolongado.*)

¡Este pensamiento no le ha tenido nadie; este pensamiento sería un crimen de lesa majestad popular! (*¡Es verdad!*) y ¡desgraciados de aquellos que alguna vez lo concibieran! ¡Desgraciados de aquellos que intentáran ponerlo en ejecución! Porque el pueblo, no lo dudeis, el pueblo, que tiene inteligencia, se apercibiría de ello bien pronto, y aquel día se levantaría como un solo hombre contra aquellos tiranos enmascarados de aduladores, contra aquellos déspotas disfrazados de cortesanos, y no sólo sería severo, sino terrible. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Rechazo este orden de ideas y me limito á decir que, independientemente de la funesta perturbación que los talleres nacionales producen en nuestra Hacienda, esos talleres, tales como son hoy, tales como amenazan perpetuarse, podrían á la larga, —peligro que ya os he advertido y sobre el cual insisto— podrían alterar gravemente el carácter del obrero parisien.

Pues bien, yo soy de aquellos que no quieren que se altere ese carácter; soy de aquellos que quieren que esa noble raza de hombres conserve su pureza; soy de aquellos que quieren que conserve su dignidad civil, su amor al trabajo, su valor á

un mismo tiempo plebeyo y caballeresco; soy de aquellos que quieren que esa noble raza, admirada por el mundo entero, continúe siendo admirable.

¿Y por qué lo quiero? No lo quiero solamente por el obrero parisien, lo quiero por nosotros; lo quiero por el papel que París representa en la obra de la civilizacion universal.

París es la capital actual del mundo civilizado...

UNA VOZ.—¡Eso es sabido! (*Risas.*)

M. VÍCTOR HUGO.—¡Indudablemente es sabido! ¡Admiro la interrupcion! Extraño y curioso fuera que, siendo París la capital del mundo, el mundo no lo supiese. (*¡Muy bien! Risas.*) Continúo. Lo que Roma fué en otro tiempo, lo es París hoy dia. Lo que París aconseja, Europa lo medita; lo que París empieza, Europa lo continúa. París ejerce cierto dominio entre las naciones. París tiene el privilegio de establecer soberanamente en ciertas épocas, bruscamente algunas veces, grandes cosas; la libertad del 89, la república del 92, Julio de 1830, Febrero de 1848; y esas grandes cosas, ¿quién las ha hecho? Los pensadores de París, que las preparan, y los obreros de París, que las ejecutan. (*Interrupciones diversas.*)

Hé aquí por qué quiero que el obrero de París continúe siendo lo que es; un noble y valeroso trabajador, soldado de la idea necesaria; de la idea, no del tumulto (*Sensacion*); el improvisador, algunas veces temerario, de las revoluciones, pero el iniciador generoso, sensato, inteligente y desinteresado de los pueblos. Ese es el gran papel del obre-

ro parisien. Separo de él, por consiguiente, con indignacion, todo lo que puede corromperle.

De ahí nace mi oposicion á los talleres nacionales.

Es necesario que los talleres nacionales se trasformen prontamente, de institucion nociva, en institucion útil.

ALGUNAS VOCES.—¿Y los medios?

M. VÍCTOR HUGO.—Hace un momento, al empezar, os he indicado los medios; el Gobierno los enumeró ayer: os pido que me permitais no repetirlos.

MUCHOS MIEMBROS.—¡Seguid! ¡Seguid!

M. VÍCTOR HUGO.—Ya se ha perdido mucho tiempo; es necesario que las medidas anunciadas sean lo más pronto posible medidas realizadas. Esto es lo importante, y llamo sobre este punto la atencion de la Asamblea y de sus delegados en el Poder ejecutivo.

Votaré el crédito, pero exijo que se atiendan estas observaciones.

Que nos anuncien mañana que las medidas de que nos ha hablado el ministro de Obras públicas están en plena ejecucion, que se siga por esa ancha senda, y mis críticas desaparecerán. ¿Creeis acaso que no es de la mayor importancia estimular al Gobierno cuando el tiempo se pierde y cuando las fuerzas de Francia se agotan?

Al terminar, señores, permitidme dirigir desde lo alto de esta tribuna, con motivo de los talleres nacionales—que no son más que un triste detalle del triste conjunto—permitidme dirigir desde lo alto de esta

tribuna algunas palabras á esa clase de pensadores severos y convencidos que se llaman socialistas (*¡Oh! ¡Oh! ¡Silencio! ¡Silencio!*), y dirigir con ellos una rápida ojeada sobre la cuestion general que preocupa en este momento todas las inteligencias y que envenena todos los acontecimientos; es decir, sobre el fondo real de la situacion actual.

La cuestion, á mi entender, la grande y fundamental cuestion que ocupa á Francia en este momento, y que llenará el porvenir, esa cuestion no se encierra en una palabra, se encierra en un hecho. Difícil sería encontrarla en la palabra *república*: se encuentra en el hecho *democracia*; hecho importante, que debe engendrar el estado definitivo de las modernas sociedades, y cuyo pacífico advenimiento, lo declaro, es el objeto de toda inteligencia seria.

Y porque la cuestion se encuentra en el hecho *democracia*, y no en la palabra *república*, es por lo que con razon se ha dicho que lo que ante nosotros se levanta hoy, con amenazas segun unos, con promesas segun otros, no es una cuestion política, es una cuestion social.

Representantes del pueblo: la cuestion está en el pueblo. Lo que dije hace apenas un año en otro sitio, tengo derecho para volverlo á decir hoy aquí: la cuestion hace ya muchos años que se encuentra en las angustias del pueblo; en las angustias de las campiñas que no tienen bastantes brazos, y de las ciudades que tienen demasiados; en el obrero que no tiene más que una habitacion en que falta aire,

y una industria en que falta trabajo; en el niño que anda con los piés descalzos; en la desgraciada joven abatida por la miseria y devorada por la prostitucion; en el anciano sin asilo, á quien la falta de providencia social obliga á negar la Providencia divina; la cuestion está en los que sufren, en los que tienen frio y hambre. Ahí está la cuestion. (*¡Sí! ¡Sí!*)

Pues bien — yo, socialista, á los socialistas impacientes me dirijo — ¿creis acaso que esos sufrimientos no conmueven nuestro corazon? ¿Creéis acaso que permanecemos insensibles ante ellos? ¿Creis acaso que no despiertan en nosotros el respeto más tierno, el amor más profundo, la simpatía más ardiente y profunda? ¡Oh! ¡Cómo os engañais! (*Sensacion.*) Sólo que en este momento, en el momento en que nos encontramos, hé aquí lo que os decimos.

Desde el gran acontecimiento de Febrero, como consecuencia de aquellas profundas conmociones que produjeron derrumbamientos necesarios, no sólo existe la angustia de esa parte de la poblacion que más especialmente se llama pueblo, existe tambien la general angustia de todo el resto de la nacion. Ya no hay confianza, ni crédito, ni industria, ni comercio; la demanda ha cesado, el consumo se cierra, las quiebras se multiplican, los alquileres y rentas no se pagan ya; todo se ha resentido á la vez; las familias ricas están apuradas; las que disfrutaban de posicion desahogada están pobres; las familias pobres están hambrientas.

A mi juicio, se ha equivocado el poder revolucionario. Acuso por ello las medidas impremeditadas; acuso también, y sobre todo, á la fatalidad de las circunstancias.

El problema social estaba planteado. En cuanto á mí, comprendía la solución de este modo: no asustar á nadie, inspirar confianza á todo el mundo, llamar á las clases hasta aquí desheredadas á los goces sociales, á la educación, al bienestar, al consumo abundante, á la vida barata, á la propiedad fácil de adquirir...

MUCHOS MIEMBROS.—¡Muy bien!

DE TODAS PARTES.—Estamos conformes; pero, ¿por qué medios?

M. VÍCTOR HUGO.—En una palabra, hacer descender la riqueza. Se ha hecho precisamente lo contrario; se ha hecho subir la miseria.

¿Qué ha resultado de esto? Una situación sombría, en la que todo lo que no está perdido está en peligro, en la que todo lo que no está en peligro está en duda; una angustia general, lo repito, en la que la popular angustia no es más que una circunstancia agravante, un desgarrador episodio de este gran naufragio.

Y lo que todavía aumenta mi incomparable dolor, es que otros gozan y se aprovechan de nuestras calamidades. En tanto que París lucha en medio de este paroxismo, en el cual nuestros enemigos — y en ello se engañan — creen ver la agonía, Londres está alegre, Londres celebra fiestas; su comercio ha triplicado; el lujo, la industria y la riqueza se han

refugiado en él. ¡Oh! Aquellos que agitan la calle; aquellos que lanzan al pueblo á la plaza pública; aquellos que incitan al desorden y á la insurrección; aquellos que hacen huir los capitales y cerrarse las tiendas, puedo muy bien creer que sean malos lógicos, pero no puedo resignarme á pensar que son decididamente malos franceses, y les diré: Agitando París, removiendo las masas, provocando el desorden y el tumulto, ¿sabeis lo que haceis? Construís la fuerza, la grandeza, la riqueza, el poder, la prosperidad y la preponderancia de Inglaterra. (*Movimiento prolongado.*)

Sí, Inglaterra en este momento se sienta riéndose al borde del abismo en que Francia cae. (*Sensación.*) ¡Oh! Es cierto que las miserias del pueblo nos afligen; somos de aquellos que, al verlas, se conmueven dolorosamente. ¡Sí, las miserias del pueblo nos afligen, pero las miserias de la Francia nos afligen también! Sentimos compasión profunda hácia el obrero, avara y duramente explotado; hácia el niño sin pan; hácia la mujer sin trabajo y sin apoyo; hácia las familias proletarias por tanto tiempo agobiadas y en lamentable situación, pero no sentimos ménos compasión hácia la patria que derrama su sangre sobre la cruz de las revoluciones; hácia la Francia, hácia nuestra sagrada Francia, que, si esto dura, perderá su poder, su grandeza y su brillo á los ojos del universo. (*Muy bien!*) Es preciso que esta agonía no se prolongue; es preciso que la ruina y el desastre no se apoderen una tras de otra, y las derriben, de las existencias todas de este país.

UNA VOZ.—¿Y el medio?

M. VÍCTOR HUGO.—El medio acabo de decirlo: tranquilidad en la calle, union en la ciudad, fuerza en el Gobierno, buena voluntad en el trabajo y buena fé en todo. (*¡Sí, es verdad!*)

Es preciso, digo, que esta agonía no se prolongue; es preciso que todas las existencias no vayan sucumbiendo. ¿Y á quién aprovecharía esto entre nosotros? ¿Desde cuándo la miseria del rico es la riqueza del pobre? Con resultado semejante yo creo que llegaría á presenciar la venganza de las clases por largo tiempo afligidas, pero no conseguiría verlas felices. (*¡Muy bien!*)

En este extremo, yo me dirijo desde lo más profundo y más sincero de mi corazón á los filósofos iniciadores, á los pensadores demócratas, á los socialistas, y les digo: Vosotros, entre los que contáis generosos corazones, poderosas y bienhechoras inteligencias; vosotros, como nosotros, queréis el bien de la Francia y de la humanidad. Pues bien, ¡ayudadnos, ayudadnos!

No sólo existe la angustia de los trabajadores, existe la angustia de todos. No provoquéis las iras allí donde es necesaria la conciliación; no arméis una miseria contra otra miseria; no amotinéis una desesperación contra otra desesperación. (*¡Muy bien!*)

¡Tened cuidado! Dos calamidades están á vuestra puerta, dos monstruos esperan y rugen entre tinieblas detrás de nosotros y vosotros: la guerra civil y la guerra servil (*Agitación*); es decir, el león

y el tigre; no los desencadeneis. ¡En nombre del cielo, ayudadnos!

Siempre que no pongáis en duda la familia y la propiedad, bases santas sobre las cuales descansa toda civilización, admitiremos con vosotros todas las nuevas aspiraciones de la humanidad; admitid con nosotros las necesidades momentáneas de las sociedades. (*Movimiento.*)

M. FLOGON, *ministro de Agricultura y Comercio.*
—Decid las necesidades permanentes.

UNA VOZ.—Las necesidades eternas.

M. VÍCTOR HUGO.—Oigo decir las eternas necesidades. Me parece que mi opinión ha sido bastante claramente expresada para ser comprendida. (*¡Sí! ¡Sí!*) No hay que decir que el hombre que os habla no es un hombre que niega ó pone en duda las necesidades eternas de las sociedades. Invoco la necesidad momentánea de un peligro inmenso é inminente, y llamo alrededor de ese gran peligro á todos los buenos ciudadanos, cualquiera que sea su matiz, cualquiera que sea su color; á todos aquellos que quieren la felicidad de la Francia y la grandeza del país, y digo á esos pensadores, á los cuales me dirijo en este momento: Puesto que el pueblo cree en vosotros, puesto que teneis la dulce é inapreciable dicha de ser amados y escuchados por él, ¡oh! yo os conjuro, decidle que no se lance hácia la riopuerta y la cólera; decidle que no precipite nada; decidle que vuelva al orden, á las ideas de trabajo y de paz, puesto que el porvenir es para todos, puesto que el porvenir es para el pueblo. No hace falta más que

un poco de paciencia y fraternidad, y sería horrible que por una rebelion de la tripulacion Francia, ese primer navío de las naciones, se sumergiese á la vista del magnifico puerto que todos vislumbramos entre la luz, y que espera al género humano. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

EL ESTADO DE SITIO ⁽¹⁾

2 de Setiembre de 1848.

M. Víctor Hugo.—Al punto á que la discusion ha llegado, parece que sería conveniente suspender su continuacion hasta el lúnes. (*¡No, no! ¡Hablad, hablad!*) Creo que la Asamblea no querrá cerrar la discusion ántes de que esté agotada. (*¡No, no!*)

No quiero contestar más que una palabra al jefe del Poder ejecutivo; pero me parece imposible no volver á plantear la cuestion en su verdadero terreno.

Para que la Constitucion sea convenientemente discutida, son precisas dos cosas : que la Asamblea sea libre, y que sea libre la prensa. (*Interrupcion.*)

Ese es, á mi entender, el verdadero punto de la

(1) El epresentante Liechtenberger presentó una proposicion relativa al levantamiento del estado de sitio ántes de la discusion sobre el proyecto de Constitucion. El Comité de justicia, por medio de su infomante, declaraba no haber lugar á tomar en consideracion la proosicion. El representante Ledru-Rollin la defendió,